

---

**Extracto de las anotaciones del historial  
clínico del 12 de septiembre de 2003  
referente a la paciente Rebecka Martinsson**

Motivo del contacto: La paciente fue ingresada en el hospital de Kiruna con heridas en la cara por caída y traumatismo en la cabeza. En el momento del ingreso se encuentra en estado sicótico agudo. Es necesario el tratamiento quirúrgico de las heridas de la cara por lo que se anestesia a la paciente. Al despertar de la anestesia se mantienen claros síntomas sicóticos. Decisión de asistencia obligatoria según el § 3 de la Ley de Tratamiento Obligatorio, la LTO. Traslado a la clínica de psiquiatría del Hospital de Sant Görán, de Estocolmo y encierro en el departamento de admisiones. Diagnóstico preliminar: psicosis SME (sin mayor especificación). Tratamiento: Risperdal mix 8 mg/día y Sobril 50 mg/día.

Es últimamente.

Mira, viene con las nubes y cada ojo debe verlo.

Es la última hora.

---

Es el momento del caballo rojo fuego. Ella llega con la larga espada para que las gentes se maten entre ellas.

Y aquí. Me cogen de los brazos. No escuchan. Obs-  
tinados se niegan a alzar la mirada hacia el cielo que se  
abre sobre ellos.

Es el momento del caballo amarillo pálido.

Y araña con su afilada pezuña. Patea la tierra en su  
trayectoria.

Llegó un gran terremoto y la tierra se volvió negra  
como un saco de crines y la luna entera parecía sangre.

Me quedé allí. Somos muchos los que nos quedamos.  
Caemos de rodillas ante nuestro viaje entre la oscuridad  
y vaciamos nuestras tripas por el miedo. Camino del mar  
que arde por el fuego y por el azufre, y ésta es la segunda  
muerte. Sólo quedan unos minutos. Te coges a lo primero  
que encuentras. Te agarras fuerte a lo que está más cerca.

Oigo la voz de las siete tormentas. Por fin las palabras  
son nítidas.

Dicen. Que el momento. Ha llegado.

Pero aquí nadie escucha.

**Extracto de las anotaciones del historial  
clínico del 27 de septiembre de 2003  
referente a la paciente Rebecka Martinsson**

Contacto con la paciente, responde  
cuando se le habla, puede describir los  
acontecimientos que le provocaron la psicosis  
depresiva. Muestra síntomas vitales de  
depresión: pérdida de peso, apatía, sueño  
nocturno alterado con despertar precoz.  
Inminente riesgo de suicidio. Continúa el  
tratamiento ETC. Cipramil en grageas 40 mg/  
día.

---

Uno de los cuidadores (soy yo la que tiene cuidador, qué cosas) se llama Johan. ¿O Jonas? ¿Johnny? Me saca fuera de paseo. No puedo estar sola. No vamos lejos. Sin embargo, me siento incomprensiblemente cansada. Quizá se da cuenta cuando volvemos. Aparenta no notar nada. Habla todo el tiempo. Mejor, así no tengo que hacerlo yo.

Habla del combate por el título entre Muhammad Alí y George Foreman, en 1974, en Zaire.

—Le dieron una buena paliza. Estaba contra las cuerdas y dejaba que Foreman le pegara. Foreman era tan cruel. Estamos hablando de pesos pesados y casi todo el mundo ya lo ha olvidado pero la gente, antes del combate, estaba preocupada por Alí. Creía que Foreman podría matarlo. Y allí estaba Alí ¡como una puta... piedra! Aguantando la paliza durante siete asaltos. Mofándose de Foreman. En el séptimo se inclinó sobre el hombro de Foreman y le susurró al oído: «*Is that all you got, George?*» Y así era. Después el octavo y Foreman apenas se aguantaba en pie. Fue cuando llegó aquel cañonazo. Alí hizo: ¡Chum! —su mano derecha da un gancho en el aire—. Foreman cayó como un pino. ¡Prracash!

Ando callada. Noto que los árboles empiezan a oler a otoño. Y él sigue hablando. Ahora de *Rumble in the Jungle. I am the greatest. Thrilla in Manilla*.

O habla de la Segunda Guerra Mundial (¿puede hablarme a mí de eso?, me pregunto para mis adentros. ¿No estaré demasiado sensibilizada, es decir, delicada? ¿Qué diría el jefe médico?):

—Los japoneses, éstos sí son auténticos guerreros. ¿Sabes que cuando a los pilotos de combate se les acababa el combustible en medio del Océano Pacífico y tenían un portaaviones americano a la vista, se dejaban caer sobre ellos? ¡Pow! O hacían un elegante aterrizaje sobre el mar,

---

sólo para demostrar lo increíbles pilotos que eran. Después, los que sobrevivían saltaban al agua y se hacían el harakiri. No dejaban que el enemigo los cogiera vivos. Lo mismo pasaba cuando luchaban en Saipán. Se tiraban desde los acantilados como una fila de lemmings cuando veían que los habían derrotado. Los americanos se quedaban con sus megáfonos esperando a que se rindieran.

Cuando volvemos a la unidad, de pronto siento miedo de que me pregunte si me ha gustado el paseo. ¿Me preguntará si me ha gustado? ¿Si querré volver a hacerlo mañana?

No soy capaz de responder ni «sí» ni «me gustaría». Es como cuando era pequeña y unas señoras del pueblo me invitaban a helado o a un refresco. Siempre preguntaban: «¿Está bueno?» Aunque ya lo veían. Una estaba allí dándole lengüetazos, callada y expectante. Pero se les tenía que dar algo. Un premio. «Sí» o mejor «gracias». Pobrecilla la niña de la madre loca. Ya no tengo nada que dar. Si me pregunta tendré que decirle que no. Aunque ha sido agradable tomar el aire. La sección huele a sudor de medicina, humo, suciedad, hospital y a detergente de limpiar el suelo de linóleo.

Pero no pregunta. Al día siguiente me saca también a dar una vuelta.

**Extracto de la epicrisis del 30 de octubre  
de 2003 referente a la paciente Rebecka  
Martinsson**

La paciente ha respondido bien al tratamiento. Se considera que ya no existe riesgo de suicidio. Las últimas dos semanas ha sido atendida según la Ley de Sanidad y Salud. Afligida pero no gravemente deprimida.

---

Se la traslada a su vivienda en Kurravaara, localidad en las afueras de Kiruna, lugar donde se ha criado. Contacto continuado con atención sanitaria abierta en Kiruna. Medicación continuada Cipramil 40 mg/día.

El jefe médico me pregunta cómo estoy. Le respondo: bien.

Se queda callado y me mira. Casi sonrío. Me estudia. Puede estar callado todo el tiempo del mundo. Es un experto en ello. Los silencios no le provocan. Al final digo: suficientemente bien. Es la respuesta correcta. Asiente con la cabeza.

No me puedo quedar aquí. He ocupado una cama demasiado tiempo. Hay mujeres que la necesitan más que yo. Esas que le prenden fuego a su propio pelo. Que llegan a la sección y se tragan trozos de espejos en el lavabo y tienen que llevarlas a urgencias en menos de dos segundos. Yo puedo hablar, responder, levantarme por la mañana y cepillarme los dientes.

Lo odio por no obligarme a quedarme aquí para siempre. Por no ser Dios.

Después me siento en el tren camino hacia arriba. El paisaje pasa deprisa en rápidos parpadeos. Primero aparecen grandes árboles de hoja caduca en tonos rojos y amarillos. El sol de otoño y un montón de casas. En todas vive su vida la gente. De alguna manera siguen adelante.

Después de Bastuträsk hay nieve. Y después, por fin: bosque, bosque, bosque. Voy camino de casa. Los abedules van encogiéndose, enjutos y negros contra lo blanco.

Presiono la frente y la nariz contra la ventanilla.

Me siento bien, me digo a mí misma. Esto es estar bien.



---

**SÁBADO**





---

15 DE MARZO DE 2005

Noche a finales de invierno en el lago de Torneträsk. La capa de hielo es gruesa, más de un metro. Por todo el lago, que tiene 70 kilómetros de largo, hay cabañas flotantes donde la gente se resguarda para pescar, casitas de cuatro metros cuadrados con cuchillas debajo para deslizarse sobre el hielo. Al final del invierno, los habitantes de Kiruna suben hasta el lago de Torneträsk en motonieves con las que remolcan las casitas flotantes.

Dentro de la cabaña hay una escotilla en el suelo. Se taladra un agujero en el grueso hielo y se pone un tubo de plástico alrededor de él y contra la trampilla para que el viento helado no entre en la cabaña por debajo. Después la gente se sienta a pescar a través del agujero.

Leif Pudas estaba en calzoncillos pescando en su cabaña. Eran las ocho y media de la noche. Se había tomado unas cuantas cervezas ya que era sábado. El infiernillo estaba encendido y calentaba. Hacía mucho calor. La temperatura había superado los 25 grados. También había pescado, quince truchas, pequeñas, pero aun así.

---

También había guardado algunos pescados para el gato de su hermana.

Cuando le entraron ganas de mear sintió como una liberación porque tenía mucho calor. Resultaría agradable salir y refrescarse un poco. Se puso las botas de ir en motonieve y salió al frío y la oscuridad en calzoncillos

En cuanto abrió la puerta el viento la vapuleó violentamente.

Durante el día había hecho sol y nada de viento. Pero en las montañas el clima cambia constantemente. La tormenta movía y azotaba la puerta como un perro loco. Al principio casi no hacía viento, era como si estuviera quieto, gruñendo, buscando fuerza. Después se puso en marcha como un demonio. Se preguntaba si los goznes aguantarían. Leif Pudas cogió la puerta con las dos manos para cerrarla. Quizá debería ponerse algo de ropa. Bah, es igual, no se tarda mucho en echar una meadita.

Las rachas de viento llevaban nieve suelta. Nada de nieve blanda y en polvo, sino en forma de afilados diamantes de nieve volando. Pasaba por el suelo como si fuera un látigo blanco, rompiéndole la piel con un ritmo pausado y doloroso.

Leif Pudas buscó al lado de la cabaña un lugar donde resguardarse del viento y se puso a mear. Estaba cobijado contra el viento pero hacía un frío de narices. El escroto se le contrajo hasta convertirse en una bola dura como una piedra. De todas formas pudo orinar y pensó que la meada se quedaría helada en el aire. Que se convertiría en un arco amarillo de hielo.

Justo cuando acabó oyó como un mugido a través del viento y vio que tenía la cabaña justo en la espalda. Casi le hace caer del empujón. Después se la siguió llevando el viento, deslizándola.

---

Tardó unos segundos en entender lo que había ocurrido. La tormenta se había llevado la cabaña. Vio la ventana cuadrada de cálida luz en la oscuridad y cómo se alejaba de él.

Dio unos cuantos pasos corriendo en la oscuridad pero el anclaje se había soltado y la cabaña cogió velocidad. No había ninguna posibilidad de alcanzarla; se alejaba deprisa sobre las cuchillas.

Primero sólo pensó en la cabaña. La había construido él mismo con madera contrachapada y la había aislado y cubierto con aluminio. Al día siguiente, cuando la encontrara, sólo serviría para hacer fuego para el café. Esperaba que no causara daño a nadie. Entonces sí que habría que lamentarlo.

Al cabo de un momento vino una fuerte racha de viento. Casi le hizo caer al suelo. Fue cuando se dio cuenta de que estaba en peligro. Con toda la cerveza en el cuerpo, era como si tuviera la sangre justo debajo de la piel. Si no conseguía meterse en algún sitio, dentro de muy poco se quedaría congelado, en un momento.

Miró a su alrededor. Arriba, hasta la estación turística de Abisko, seguro que había un kilómetro. No llegaría. Era cuestión de minutos. ¿Dónde estaría la cabaña más cercana? La cortina de nieve y la tormenta hacían que no viera la luz de otras cabañas.

«Piensa —se dijo a sí mismo—. No des ni un puto paso sin antes utilizar la cabeza. ¿Dónde estás exactamente?»

Utilizó la cabeza durante tres segundos y notó cómo se le estaban quedando las manos heladas. Se las puso debajo de las axilas. Dio cuatro pasos desde el lugar donde se encontraba y consiguió llegar hasta la motonieve. La llave estaba en la cabaña fugitiva pero tenía una pequeña caja de herramientas debajo del asiento y la sacó.

---

Después pidió a alguien de las alturas que le hiciera andar en dirección hacia la cabaña vecina más cercana. No había más de veinte metros pero le entraban ganas de llorar a cada paso. De miedo a no encontrarla. En ese caso, moriría.

Buscaba la cabaña de fibra de Persson. La afilada nieve le daba contra la cara. Como miraba fijamente, se le formaba una especie de barrillo en los ojos y no veía nada con la oscuridad y la nieve, de manera que tenía que secárselos.

Pensó en su hermana. Y pensó en su anterior pareja; se lo habían pasado bien en muchos aspectos.

Casi se tropieza con la cabaña de Persson sin haberla visto. Nadie en casa. Oscuridad en las ventanas. Sacó un martillo de la caja de herramientas. Tuvo que utilizar la mano izquierda porque la derecha no la podía mover. Le dolía tremendamente por llevar cogida el asa de la caja de herramientas. Fue palpando a través de la oscuridad hasta la pequeña ventana de plástico y la rompió.

El miedo lo hacía fuerte y metió sus casi cien kilos por la ventana. Maldijo cuando se arañó el vientre contra el afilado canto de metal, pero aquello no era nada. Nunca la muerte le había resoplado tan cerca de la nuca.

Una vez dentro tenía que calentarse. Aunque estaba a resguardo del aire, dentro de la cabaña hacía frío.

Abrió cajones hasta que encontró cerillas. ¿Cómo iba a poder coger algo tan pequeño cuando tenía las manos completamente heladas? Se metió los dedos en la boca para calentarlos hasta que tuvo sensibilidad y pudo encender la lámpara de gasóleo y el infiernillo. Le temblaba el cuerpo entero y tenía escalofríos. Nunca en la vida había tenido tanto frío como ahora. Helado hasta los huesos.

---

—Joder, qué frío. Joder, joder, qué frío —repitió varias veces en voz alta. De alguna manera mantenía alejado el pánico. Era como si se hiciera compañía a sí mismo.

El viento entraba por la ventana como una maldición. Alcanzó un cojín que estaba inclinado contra la pared y consiguió parar la entrada de aire lo suficiente, aguantándolo entre la barra de las cortinas y la pared.

Siguió buscando y encontró un anorak rojo, que probablemente era de la señora Persson. También encontró un cajón con ropa interior. Se puso unos calzoncillos largos en las piernas y otros en la cabeza.

El calor fue apareciendo despacio. Mantenía las extremidades cerca del infiernillo. Le picaba y le dolía todo el cuerpo. Sentía un dolor de mil demonios. En una mejilla y en una oreja no tenía sensibilidad ninguna. Era un mal síntoma.

En la litera había un montón de edredones. Estaban helados pero se envolvería en ellos. Por lo menos aislaban.

«He sobrevivido —se dijo a sí mismo—. ¿Qué importa si se me cae la oreja?»

Cogió un edredón de la litera. Tenía un estampado de flores grandes en distintos tonos de azul, una reliquia de los años setenta.

Y debajo había una mujer. Tenía los ojos abiertos y, al estar congelados, blancos como el hielo. En la barbilla y en las manos tenía algo parecido a una papilla, o quizá era vómito. Llevaba puesto un chándal. En la chaqueta había una mancha roja.

No gritó. Ni siquiera se sorprendió. Era como si estuviera saturado por todo lo que le había pasado.

—Pero, joder —dijo simplemente.

Lo que sintió en el cuerpo se parecía a lo que te pasa

---

cuando ves a un cachorro que se mea por centésima vez dentro de casa. Resignación porque todo es una mierda.

Se sobrepuso al impulso de volver a ponerle encima el edredón y olvidarse de ella.

Después se sentó a pensar. ¿Qué cojones iba a hacer ahora? Naturalmente tenía que ir a la estación turística. Aunque no tuviera muchas ganas de andar en la oscuridad. No tenía otra elección. Por otra parte, tampoco quería estar allí descongelándose junto a ella.

Sea como fuera, tenía que quedarse sentado un momento. Hasta que dejara de sentir tanto frío.

Entre ellos se creó una especie de comunión. Ella le hizo compañía durante la hora que estuvo sentado sufriendo dolor en todo el cuerpo a medida que entraba de nuevo el calor. Puso las manos a calentar contra el infiernillo de gasóleo.

No dijo nada. Y ella tampoco.